

sólo con percepciones de ésta, en la que impera un estado intemporal. «...El oro/ sobre el tiempo / es *el Ahora*», dice Padeletti, ese ahora madurado en la contemplación profunda, donde el yo subjetivo es apariencia, y lo tangible, el goce de crear.

Uno de los poemas, «La atención», da título a esta obra y no es azaroso que así sea debido a la trascendencia que el término cobra en Padeletti, a las claves que en él ofrece y articulan el fino entramado de su preceptiva poética, una atención que es también, como señala Gramuglio, «tensión de lectura», estímulo que induce a *contemplar* cada verso hasta alcanzar el sentido último, «el hueso del poema», su centro primordial.

Si para Hugo Padeletti «el éxtasis gozoso de la contemplación» nos subtrae del espacio y del tiempo, son sus epifanías verbales y plásticas aquí reunidas las que nos devuelven el prodigio siempre celebratorio de la excelencia.

* * *

Desde sus primeros libros –los relatos *Noches de revolucionarios* (1972) y la novela *Un revólver para Mack* (1975)–, Pablo Urbanyi,*

escritor argentino de origen húngaro, pareciera haberse propuesto contar historias que transcurren en distintos tiempos y ámbitos geopolíticos y, sin embargo, comparten un mismo telón de fondo: el de las pasiones humanas interpeladas mediante una voz satírica, incisiva, que no da lugar a ningún tipo de ambigüedad ni de concesiones.

Otra de las constantes de Urbanyi, que tomó firme andadura a partir de la publicación de los cuentos reunidos en *Nacer de nuevo* (1992), obra escrita desde su exilio en Canadá, es la búsqueda, por momentos infructuosa, de un sentido individual frente a sociedades degradadas, y la desacralización de modelos sociales paradigmáticos que circulan del centro a la periferia con sus sesgos primermundistas, enrareciendo la historia contemporánea y el libre desenvolvimiento de los países sumergidos.

En *2058, en la Corte de Eutopía*, el modelo que resulta objeto de desacralización lo constituye aquello que hacedores oficiales y officiosos imponen hoy como cultura y no es otra cosa que una *kultura* del espectáculo.

Esta novela, de marcada intencionalidad paródica, presenta el siguiente hilo argumental: cierto día, un escritor del montón es invitado a un banquete en celebración del centésimo aniversario de la Comunidad de Eutopía, año 2058. Cree que esta invitación le abrirá las

* 2058, en la Corte de Eutopía, Pablo Urbanyi, *Catálogos*, Buenos Aires, 1999, 219 pp.

puertas hacia su lanzamiento internacional. Además de los Super Grandes Escritores y Capitostes de la Comunidad, participan del evento otros muchos, de diversos perfiles, que se codean con personajes políticos fácilmente reconocibles y una variada gama de poderosillos congregados para fomentar, mediante premios millonarios y prebendas de todo tipo, la banalización del pensamiento, el arte como mero entretenimiento, el culto a la personalidad circense, entre otras lindezas, producto de la mercadotecnia. Discursos consabidos y bufonadas intelectuales alimentan la trama de la efemérides, un verdadero contrabanquete platónico, sin teorías ni ideas, sin reflexión ni diálogo.

Cegados por la vanidad y el triunfalismo, los artistas o, mejor dicho, los *showmen* que desfilan ante la corte, encarnan la figura del oportunista que se adviene a las fórmulas estereotipadas constituyéndose en portavoz de un discurso unívoco, propagandista de un supuesto progreso, en un mundo en el que sólo es permitido expresar «la sana alegría de vivir».

Aunque situada en el futuro, la novela de Urbanyi es la radiografía esperpéntica de un presente por todos conocido y no por ello menos patético.

Reina Roffé

Prima lejana y la casa del relato

Federico Vegas (Caracas, 1950) es un escritor de música de cámara (sus narraciones tienen la simetría cristalizada de un cuarteto de cuerdas barroco), tanto como de cámaras interiores (la realidad no es solamente lo que sabemos, lo que ignoramos es algo más cierto y amenazador) y de recámaras mediadoras (las relaciones amorosas, la vida sexual, la pasión o su nostalgia son claves de sus relatos). No en vano Federico Vegas es arquitecto y está poseído por el espíritu sutil: las simetrías del espacio y las formas privadas y públicas organizan sus ficciones como cajas chinas, unas dentro de otras, como si la historia que leemos llevase dentro otra que no leemos y que es la novela misma, revelada en la intrincada exploración de la lectura. En sus dos libros de cuentos, *El borrador* (1994) y *Amores y castigo* (1997), y ahora en su espléndida novela breve *Prima lejana* (Caracas, John Lange Ediciones, 1999), Vegas ha demostrado su talento para una narrativa de vocación vivencial,

recuento analítico y gusto por la comedia urbana. Breves tratados del mundo emotivo, estos libros convocan a una conversación apasionada y amena sobre el arte de vivir acompañados.

La cualidad dominante de esta escritura es la inmediata intimidad que establece con el lector. Se trata de una voz que se desenvuelve con espontaneidad aunque su confesión es sólo en apariencia transparente. Más bien es una voz que nos convoca a una estratagema: requiere de nuestro diálogo para desarrollar su propia búsqueda. Porque en los relatos de Federico Vegas habla quien no tiene todas las claves, y para descifrar y conocer es preciso decirlo todo, rehacer, se diría, la trama verbal de los hechos para saber la verdad mutua. Hablar, entonces, es descubrir una carencia, reconocer una herida. Así, estos relatos comunican la textura y temperatura de la emotividad, allí donde se gesta el habla, casual y empática.

En sus cuentos, Vegas había ya demostrado la flexibilidad de sus recursos narrativos, y había asimismo adelantado sus temas centrales. En «Las vacas», así, se lee: «¡Qué bien se llevan los mentirosos! Entre los fanáticos de lo correcto sólo encuentras fastidios y reiteraciones. No hay encanto ni sortilegio, todo se sostiene solo. La verdad no es para compartirla, sino para llevarla

por dentro. En cambio, entre los que nada aseguramos ni defendemos como cierto, a veces aparecen fragilidades desinhibidas que se entretienen y se convierten en verdades más inquietas y conmovedoras». Los individuos de ideas fijas y certezas incólumes no permiten buenos cuentos, sugiere el narrador. Por lo contrario, los más vulnerables son los más novelescos. Este tránsito por los sentidos y las emociones hace de los personajes, actores de su propio relato. En el cuento se reconocen, y en la ficción se confirman más ciertos.

En *Prima lejana*, Vegas logra convertir a su sistema indagatorio en una aventura tanto de autoconocimiento como de ficcionalización. Esto es, el escritor, en pleno dominio de sus recursos, nos entrega el proceso de reconstrucción novelesca de una identidad emotiva. Por un lado, tenemos la tramada y exacta involución del relato, que se descubre como una secuencia exploratoria; por otro, la historia amorosa de un hombre joven, que se descubre en una trama como protagonista y víctima, entre la certeza y la incertidumbre urdidas con el mismo hilo de la aventura.

La historia de una familia caraqueña y sus relaciones secretas y pasionales con una familia norteamericana se convierte en *Prima lejana* en una intriga laberíntica, que hace de unos los espejos de

otros. Historia de madres sustitutas, lecciones paternas de amor y celos secretos de hermanos, la novela narra la historia familiar desde la relación amorosa con esa prima nominal, que se hace fantasmática en el recuento, una ausencia sin voz que confirma la soledad del narrador. Con agudeza y desapego, la voz del recuento actualiza el pasado y recompone las relaciones íntimas. Pero lo novelesco no es solamente lo episódico sino la misma autorrevelación, esa verdad del uno en el otro, que convierte a la mujer amada en un enigma.

Prima lejana, por lo demás, está llena de la sabiduría mundana de una reflexión analítica que se deleita en los detalles tanto como en los balances. Pero no agota sus interrogaciones y deja al lector la inquietud del enigma. Pero esta novela revela además, que las historias de Federico Vegas se articulan como una indagación por el lugar habitable, por la casa arcaica, allí donde están las raíces de siempre y las flores del día. En esta arquitectura del relato, la pregunta por el espacio desasido entre historias pasajeras y sujetos nómadas, se convierte en una pregunta por nosotros mismos. Tratándose de un escritor de la calidad genuina de Federico Vegas, esa pregunta es pertinente y nos concierne.

Julio Ortega

La narrativa de Alonso Cueto Limeños ofendidos

Alonso Cueto (Lima, 1954) ha sido distinguido con el premio internacional Ana Seghers, que se concede en Berlín a un autor de valor probado y promesa cierta. Cueto es uno de los narradores peruanos más fecundos no sólo por la natural frecuencia de sus cuentos y novelas, sino porque ha convertido a la clase media limeña en un espacio de exploración fluido y pasional. Para un escritor que demostró ser un adelantado discípulo de Henry James en su primer libro de relatos, *La batalla del pasado* (Madrid, Alfaguara, 1983), en los que con elegancia y precisión capturó la vida casual y mundana de exiliados y cosmopolitas, esta vuelta a Lima y a su pequeña clase media zozobranante, supuso también un cambio de registro narrativo. Sus personajes pasaron de la contemplación anímica y la memoria afectiva a la acción cotidiana y la agonía emocional. Y su estilo, de la delectación melancólica al hiperrealismo del lugar común. A diferencia de sus mayores, Ribeyro y Vargas Llosa, que habían representado la emergente clase media